

Majo Siscar Banyuls

Sandra Vicente Barreira



Prólogo de:
Cristina Rivera Garza

Ilustraciones de:
Pedro Strukelj

SEGUIR CONTÁNDOLO

Crónica del programa Barcelona Protege a Periodistas de México

NOTA DE LAS AUTORAS

3

Este libro es un acercamiento narrativo al programa municipal Barcelona Protege a Periodistas de México que diseñó y gestiona la Asociación Taula per Mèxic con el auspicio del Ajuntament de Barcelona. Lo hemos escrito a cuatro manos a través del testimonio de las personas acogidas, de nuestros propios recuerdos y de las personas claves del Programa (a partir de ahora), tanto en Barcelona como en México.

Las dos autoras somos periodistas y parte fundacional del proyecto, por lo que tanto Serveis Editorials de l'Ajuntament como la Taula per Mèxic nos hicieron el encargo. No es un reportaje periodístico ortodoxo, tampoco un informe, lo escribimos como juez y parte, sin voluntad de objetividad, aunque sí de honestidad. Por eso, en las próximas páginas veréis momentos en que asumimos la primera persona del singular —la voz de cada una de las autoras— y una mayoría del corpus en primera persona del plural, donde asumimos la voz de la Taula y del Programa, de los que formamos parte.

Recopilamos la memoria del Programa, que se vuelve una sola junto a la nuestra, para convertirse en un relato vivo, palpable, asible. También hablamos de las causas del Programa, de qué está pasando en el periodismo mexicano para que sea tan necesario. Lo hacemos sin voluntad de exhaustividad, solo nos detenemos en algunos hechos para

entender lo complicado que es contarla y, de ahí, el valor de hacerlo.

Ante la violencia que azota a México y lo convierte en uno de los países más peligrosos para el periodismo, las 30 personas que han pasado por este Programa hasta ahora nos han enseñado por qué es tan importante defender el derecho a la información, a la verdad y a la justicia. Por qué hay que seguir contándolo.

4

I. LAS CINCO DE LA NARVARTE

La música estaba alta, el humo de los cigarros se escapaba por las ventanas, afuera diluviaba. En el verano de la Ciudad de México el cielo llora furioso casi cada noche. Una docena de periodistas departían en un apartamento del centro histórico. Hacía un par de semanas que el Chapo Guzmán se había escapado de una prisión de máxima seguridad por un túnel subterráneo de un kilómetro y medio sin ser descubierto. Yo acababa de volver de Sinaloa y conversaba con un fotógrafo sobre cómo estaban las cosas allá.

—Majo, ¿y viste el hoyo? —me preguntaba el fotoperiodista.

—No, ya no nos dejaron entrar a la prisión, pero subimos a la sierra, a la casa de su mamá y está cabrón que ya no hubiese ni policías buscándolo. Lo buscamos más los periodistas que las fuerzas de seguridad.

En la mesa se desparramaban las cervezas, quedaban migajas de patatas fritas. Alguien bailaba en una esquina. Un chico delgado, de mirada densa y penetrante, nos interrumpió:

—¿Y en Veracruz? Ahí ya ni nos dejan trabajar, nos matan, el gobierno de Duarte¹ te ataca hasta por denunciar los hoyos de las calles.

—¹ Javier Duarte de Ochoa fue gobernador de Veracruz desde 2010 hasta 2016. Fue acusado de corrupción y enriquecimiento ilícito, cosa que le valió la expulsión de su partido, el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Desde octubre de 2016 fue prófugo de la justicia hasta que la INTERPOL le detuvo en Guatemala en julio de 2017. En 2018 fue condenado a 9 años de prisión por los delitos de operaciones con recursos de procedencia ilícita y asociación delictiva.

5

Se llamaba Rubén Espinosa, era fotoperiodista y aún con una cerveza en la mano, no relajaba el ceño. Hacía un mes y medio que había decidido dejar su casa, su perro y su trabajo. Tomar aire. Llevaba varios años de intimidaciones, pero desde que en abril una foto suya del gobernador Javier Duarte había sido portada de la revista de investigación *Proceso*, iban a más.

En esa fotografía, publicada a página completa, el político aparece caminando con una gorra de policía y mirada amenazante. Trae la boca entreabierta como si acabase de maldecir a alguien. La barriga desborda el cinturón y hasta la camisa blanca, con su nombre bordado en el bolsillo, quiere salir huyendo. Es el retrato de un tipo iracundo, es fotoperiodismo. Sobre la imagen, en mayúsculas, el titular de *Proceso*: VERACRUZ, ESTADO SIN LEY.

Al este de la capital, Veracruz fue durante siglos el puerto más importante del Golfo de México. Por ahí arribó Hernán Cortés a invadir México, allí desembarcaban los negros sometidos como esclavos, por ahí mismo llegaron el siglo pasado los republicanos catalanes exiliados a bordo de barcos como el Sinaia. La han bombardeado los españoles, los franceses y los estadounidenses. Ahora es un estado rico en petróleo y café, dónde lo indígena se cruza con lo afro y lo español, dónde los versos se zapatean, los universitarios van a los encierros de toros y las únicas reinas son las del Carnaval. Un paraíso tropical que desde el 2007 se fue truncando. México vive una guerra no declarada y Veracruz ha sido uno de sus frentes más atroces.

Ese mismo 2007 llegó Rubén Espinosa. Tenía 23 años y había aprendido fotografía por su cuenta en la Ciudad de

México, de dónde era originario. Se puso a trabajar de fotoperiodista para medios locales. Poco a poco empezó a ver crecer la violencia. Ese mismo diciembre, el crimen organizado asesinaba al comandante de la policía del Puerto; a los pocos meses, el entonces gobernador, Fidel Herrera (que luego se convertiría en cónsul de Barcelona), justificaba unas agresiones policiales a un reportero; y pronto, la cifra de asesinatos, secuestros, extorsiones y desapariciones se disparó. Un nuevo grupo criminal se asentaba en el Estado con la connivencia gubernamental, Los Zetas, un grupo de exmilitares de élite contratados inicialmente como matones del Cártel del Golfo que introdujeron el sadismo como táctica de guerra para hacerse con su rebanada del pastel y que acabó enfrentándose contra el Cártel que lo había creado.

Los periódicos se convirtieron en contadores de muertos y los periodistas locales, como Rubén, en correspondientes de guerra en su tierra.

La revista *Proceso* es el principal semanario de investigación en México. Rubén colaboraba con ellos y trabajó codo con codo con Regina Martínez, una de las periodistas veracruzanas más mordaces, asesinada a finales de abril de 2012. En sus últimos cinco días de trabajo, Regina envió nueve piezas sobre todo tipo de delitos y corrupción a sus editores de *Proceso*: capturado el presunto cerebro de las finanzas del cártel de los Zetas; nueve policías arrestados por complicidad con narcotraficantes; un político opositor que apareció muerto en su casa y cuyos amigos estaban convencidos de que lo asesinaron.

Su muerte fue tan brutal como esas mismas historias y se convirtió en un símbolo de la violencia contra los periodistas. Sus colegas hacían movilizaciones periódicas para exigir justicia por Regina. Rubén era uno de los más activos, se le ve en varias fotos pancarta en mano. Pero cada vez eran menos los que acudían a esas concentraciones, nos explicó él mismo aquella noche en la Ciudad de México. El Gobierno les prefería calladitos y les amenazaba, les extorsionaba o les mataba. Solo durante los 5 años que llevaban bajo el mandato del gobernador Javier Duarte –el de la fotografía– habían matado a 13 periodistas. Trece periodistas asesinados en un estado con la misma población que Catalunya y bajo una misma legislatura.

Allí Rubén y sus compañeros habían logrado que el Congreso de Veracruz crease la Comisión para la Atención y Protección de Periodistas, aunque parecía no servir mucho, nos decía. Nos explicó cómo, pocos meses después del asesinato de Regina Martínez, la policía aprovechó el desalojo de una movilización de maestros para golpearle. Un año después, desde el gobierno le llamaron públicamente “guerrillero” por organizar un curso de seguridad para sus compañeros fotógrafos; ahora hombres armados le habían estado siguiendo a casa y al trabajo. Así que había puesto tierra de por medio. Más de 300 kilómetros nos separaban aquella noche de la capital de Veracruz. Pensábamos que en la Ciudad de México estaba seguro.

Una semana después de aquella noche, Rubén acudió a un piso en la colonia Narvarte, un barrio de clase media-alta de la capital, donde vivía una compañera de Veracruz,

la antropóloga Nadia Vera. Tenían la misma edad, ese año ambos cumplían los 33. Ella se iba ese domingo a la ciudad de Cuernavaca a trabajar una temporada en un festival. Así que había invitado a algunos amigos de la capital que no vería durante un tiempo. Vera también había salido de Veracruz por precaución, después de ser la cara visible de un movimiento estudiantil en Xalapa que Rubén había cubierto.

Vera compartía piso con tres chicas más, y los viernes iba la trabajadora del hogar, Alejandra Negrete, una mujer de 42 años y madre de tres hijas. Rubén se quedó a dormir allí y ese viernes 31 de julio le escribió por *WhatsApp* a otro fotógrafo. El último mensaje es de las 14.13: “Ya voy de salida a la calle”, le dijo. Nunca lo haría. Fue amordazado, torturado y asesinado. Sus amigas además fueron violadas. Solamente Alejandra recibió un único disparo. Parece que sus asesinos llegaron mientras ella limpiaba el baño y acabaron con su vida de un balazo.

Yesenia Quirós, estudiante de 19 años que venía del norte de México, fue violada y asesinada. Igual que Mile Martín, una colombiana de 32 años. La cuarta chica que vivía en casa se encontró con la escena cuando regresó de noche. Fue quien avisó a la policía.

El sábado 1 de agosto, en la Ciudad de México despertamos con la noticia del asesinato de Rubén. No lo podía creer. Lo habían torturado hasta la muerte, junto a otras cuatro personas más. Después de una fiesta como la de la semana anterior. En un barrio que frequentábamos, dónde vivían muchos amigos, dónde nunca pasaban esas cosas. O eso pensábamos. No solo se habían roto cinco vidas.

El dolor se mezclaba con el miedo. No estaréis a salvo en ningún lado, parecía decir.

Nos abrazábamos, nos juntábamos, hay que hacer algo, decíamos. Marchamos por su memoria. Algo más. Pero desconfiábamos. Desconfiábamos de quiénes no conocíamos, temblábamos al abrir la puerta hasta al señor que te cambiaba la bombona de gas. Aquellos días, la Ciudad de México dejó de ser un refugio para periodistas desplazados. ¿Quién sería el próximo? ¿Qué nos ponía en riesgo? ¿Qué debíamos hacer para no exponernos? Las preguntas nos acogojaban, así que nos reunimos en casa de la laureada periodista mexicana Marcela Turati. No entendíamos nada. Seríamos una treintena de periodistas, la mayoría mexicanos, y alguna que otra extranjera como yo. Un par de miembros de alguna ONG de defensa de la libertad de expresión. Era un lamento colectivo, organizamos protestas, marchas, nos coordinamos con otros compañeros de Veracruz para preguntar, hacer presión, forzar la investigación pero, ¿qué más hacer?

A Rubén Espinosa lo habían matado después de protestar por el asesinato de sus compañeros. Después de sacar fotos incómodas. Había denunciado cómo la prensa crítica es silenciada y que él mismo era víctima de amenazas que provenían de parte del gobierno de Veracruz. En una entrevista había dicho que estaba en conversaciones con el Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas,² pero se desconoce qué

2. Una instancia federal, dependiente de la Secretaría de Gobernación, que procura herramientas de protección a los periodistas mexicanos que van desde la instalación de cámaras o concertinas en sus casas hasta la dotación de escolta,

respuesta le dieron. Lo asesinaron en las narices de las organizaciones donde denunció las amenazas que le perseguían y lo más grave, de la sede de las instancias gubernamentales que deberían de haberlo protegido. Rubén había optado por la visibilidad y la denuncia pública y de nada le sirvió.

Nadia Vera igual. Seis meses antes, había aparecido en un documental³ explicando los abusos a derechos humanos cometidos por el gobierno veracruzano y señalaba a la administración de Duarte como responsable directa si le pasaba algo. Yo, igual que otras tantas personas, también salí en ese reportaje.

Un sentimiento general de desprotección y desamparo se extendía entre los periodistas de la Ciudad de México, pero también entre muchos reporteros hostigados reiteradamente en sus estados y que veían como una opción de supervivencia el desplazamiento forzado a la capital. Era un golpe tremendo para la articulación entre periodistas, porque en ese momento el miedo convertía las amenazas en una maldición. En aquellos días que velábamos a las cinco de la Narvarte, nadie quería que un o una compañera amenazada se le pegara o se instalase en su casa.

En aquel verano del 2015 en la Ciudad de México había 37 periodistas de provincia refugiados después de atentados y amenazas en sus estados, según los registros de la organización internacional para la libertad de prensa Artículo

pasando por otorgar botones del pánico o facilitar el desplazamiento a Ciudad de México.

3. Documental ‘Veracruz: la fosa olvidada’, editado por Rompeviento TV y disponible en Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=XSTWoTz6oXU>

19. Atacar a periodistas en la capital mexicana es atacar la salud del periodismo en todo el país, es golpear su sistema nervioso.

La noticia del asesinato de Rubén cruzó el océano y llegó a Europa. También a Barcelona. Fue apenas dos meses después de que algunos familiares y compañeros de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa⁴ visitaran nuestra ciudad. La comitiva fue organizada por miembros de la comunidad mexicana, junto a un puñado de activistas internacionales como yo, una periodista que entonces empezaba a reportear y que había quedado prendada de México, país en el que todavía no había estado, pero que se convertiría en una de mis obsesiones y en hogar de amigas que hoy considero familia. Traer esa comitiva fue para nosotras una gesta; estábamos cansadas de organizar tamaño viaje y, a la vez, rabiosas por la injusticia y la impotencia de no poder hacer nada más que eso. Nos quedaban pocas fuerzas después de despedir a unos sobrevivientes que nos recordaban que faltan miles.

La violencia en México que contaba Majo no la sufríamos en Barcelona, pero llegaba fuerte, audible y concisa. Nos manifestábamos, organizábamos charlas, pases de películas y

— 4. El caso de los estudiantes de Ayotzinapa se remonta a septiembre de 2014, cuando 43 jóvenes desaparecieron tras una protesta. El caso sigue sin esclarecerse, no se han encontrado culpables ni los cuerpos de los estudiantes. Para más información, ver capítulo X.

comidas populares. Venía gente, pero no demasiada. Éramos las de siempre. Pero la visita de las familias de los 43 fue un punto de inflexión. Aquello puso a México en boca de los y las catalanas, de una manera que, quizás, sólo se había visto cuando el levantamiento zapatista de 1994.

La sociedad civil catalana ponía otra vez la vista en el país americano. Creímos que era imposible no empatizar con madres y padres que buscan a sus hijos casi adolescentes. Que, por fin, podríamos empezar a ayudar a cambiar las cosas desde este lado del charco. Pero no pudimos. Pocas semanas después de despedir a los sobrevivientes de Ayotzinapa lo supimos: Rubén había sido asesinado. Y torturado. En pleno centro del Distrito Federal. Como si te mataran en el Eixample.

Aquella noticia nos cogió a contrapié. Nos invadió una profunda desesperación y tristeza. Aquella noche no marchamos. No gritamos. Simplemente instalamos una pancarta y unas velas en la Plaça Sant Jaume, donde convergen el Ayuntamiento y la Generalitat de Catalunya. Queríamos recordar a Rubén aunque no le hubiéramos conocido. A él y a las otras cuatro personas que murieron en ese piso. Nos fuimos pronto, porque aquella noche en Barcelona también llovía. Y nos recogimos, de nuevo, los de siempre, en el bar de siempre. Y alguien, no recuerdo quién, dijo la frase.

—Siempre vamos tarde. Tenemos que hacer algo. Algo antes de que les maten.

Todavía tenían que venir muchas más cervezas en ese bar y en otros, muchas más reuniones y asambleas. Pero

nos gusta pensar que aquella noche, que aquella frase, fue el inicio de todo. Porque lo fue. Aquel día, envalentonadas por la rabia, soñamos con convertir Barcelona en un refugio para periodistas en peligro. Aprovechar el privilegio de vivir en Europa para darles cobertura, protección, un respiro y, sobre todo, ayudarles a volver para que siguieran ejerciendo su trabajo en mejores condiciones.

Aquello sonaba a utopía, pero dentro de nosotras algo nos decía que lo podíamos hacer realidad. Teníamos que poder. Porque, de no hacerlo, sólo nos quedaba la impotencia y la rabia. Y no queríamos habitar más ese espacio, no podíamos resignarnos.

Cada día, el mundo se convierte en un lugar más peligroso para los periodistas, pero —aparte de la guerra en Palestina— ningún lugar es más mortal que México. Según los recuentos de la organización Artículo19, desde diciembre de 2006 -año en que el gobierno mexicano comenzó su mal llamada guerra contra el narcotráfico-, al menos 171 periodistas han sido asesinados en el país,⁵ 13 de ellos solo en 2022, un récord escalofriante.

Y sí, también han asesinado a doctoras, albañiles, maestros o cajeras, pero el homicidio de periodistas nos habla no solo de la incapacidad del país de proteger a su ciudadanía, sino de que las autoridades han estado infiltradas por el crimen desde hace mucho tiempo; sobran los ejemplos. En cambio, esta complicidad del Gobierno no se investiga en los

14

asesinatos que, en general, suelen quedar impunes. Cómo Rubén, otros 16 periodistas de Veracruz fueron asesinados mientras el gobernador Javier Duarte ocupó el cargo, un récord macabro. Duarte está actualmente en prisión por asociación delictiva y lavado de dinero, pero nunca ha sido acusado en relación con alguno de los asesinatos. De 105 investigaciones de asesinatos de periodistas en México entre 2010 y 2023, sólo seis han culminado en sentencias por homicidio, según Human Rights Watch.

Con estas cifras nos movilizamos. Y, tras años de árduo trabajo, lo conseguimos. Diez años después del asesinato de Rubén, treinta periodistas han pasado por este refugio que creímos utópico. Entonces éramos apenas un puñado de personas; hoy somos decenas. Y hemos conseguido afianzar este proyecto convirtiéndolo en un programa auspiciado hasta el día de hoy por el Ayuntamiento de Barcelona. Siempre nos movió esa frase tan manida y quemada que dice que ojalá no tuviéramos que existir. Pero es que realmente esperamos con ansias el día en que cerremos las puertas de este proyecto que construimos alrededor de una barra de bar, con toda la intención y sin ningún recurso. Pero, hasta entonces, aquí seguiremos.

15

5. Recuento en permanente actualización elaborado desde el año 2000 por Artículo19 <https://articulo19.org/periodistasasesinados/>

